

Barcelona - Abril 78
29.

26-2^a (a)

20.728

HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTERES ESPECIALES QUE PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MÁS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES, CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON LOS RECIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO, EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL, EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildelfonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion
de Nuestra Señora, en Barcelona.

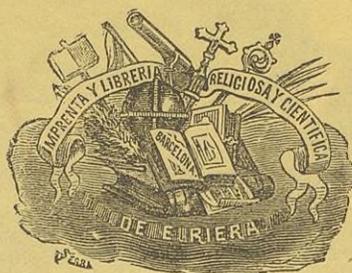
Cura propio de la parroquia de San Juan,
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PREVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO SEGUNDO.



BARCELONA:
IMPRESA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTIFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIEBA,

calle de Robador, núm. 24 y 26.

1877.

Cuaderno 72.

L47
1845

DE LAS PERSERCCIONES

DE LA JORRADA CATALANA



DE LA JORRADA CATALANA

antiguos usos sin fraude, de buena fe, según la ley, á fin de mejor salvar los derechos de nuestra Iglesia apoyados en los sagrados cánones. Pues bien; no puede hacerse, según la ley y la fe, lo que es contrario á la fe de la Iglesia y á la ley de Dios. Por otra parte, es imposible que un rey cristiano tenga el privilegio de destruir la libertad eclesiástica que ha jurado defender. Además el Príncipe hizo presentar á la sancion del Pontífice soberano las costumbres que ca-



IGLESIAS CATÓLICAS INCENDIADAS EN INGLATERRA POR LOS PROTESTANTES.

lificáis de privilegios de la corona, los cuales han sido devueltos con una queja en vez de una aprobacion. Este es el ejemplo que nosotros debemos seguir, prontos á recibir lo que la Iglesia romana recibe y á rechazar lo que ella rechaza. En fin, si faltamos en Clarendon (pues toda carne es flaca), debemos animarnos á luchar contra el antiguo enemigo, apoyándonos en la fuerza del Espíritu Santo. Si prometimos y hasta si juramos cumplir iniquidades, sabéis bien que tal juramento no nos obliga.»

Retiráronse los obispos sin haber ni siquiera contestado razones tan incontestables á la

luz del criterio sacerdotal. La figura del Arzobispo iba tomando dimensiones extraordinarias, á medida que colocaba bajo de sus piés los argumentos y observaciones de sus adversarios. El lenguaje episcopal resplandecía al traves de las tinieblas de los cortesanos. Estos se arrastraban á los piés del Rey, aquél se elevaba por la gloria de JESUS.

Luégo comparecieron los barones tambien en corporacion. Roberto, conde de Leicester, y Reinaldo, conde de Cornulles, se acercaron al Arzobispo para notificarle la sentencia contra él recaída. Al decirle el conde Roberto: «Señor, escuchad la sentencia del real consejo,» «¡del real consejo! exclamó el Arzobispo levantándose con vivacidad; conde, hijo mío, entendedlo bien, yo he venido para la resolucion del asunto Mareschal, y me venís con la sentencia de un proceso que no se ha sustanciado todavía. ¿Es que aquí se juzga sin proceso?»

Enmudeció Roberto, los dos condes sorprendidos por tanta firmeza y dignidad vacilaron, balbucearon algunas palabras y pidieron al Arzobispo si quería aguardar allí el resultado de una nueva consulta que iban á elevar al Rey. «¿Que espere aquí? decís. ¿En qué calidad debo esperar? ¿como prisionero?»

«¡Por san Lázaro! respondió uno de los condes, no señor.»

«En tal caso, replica Becket, escuchadme un instante más, vosotros debéis obedecer á Dios ántes que al Rey, como el cuerpo debe obedecer al alma. ¿Pues qué el hijo puede juzgar al padre? Yo rechazo vuestro juicio y el juicio del Rey; despues de Dios, no reconozco más juez que el Papa; yo coloco mi persona y mi iglesia bajo su proteccion; yo llamo á su tribunal á cuantos obispos han preferido obedecer al Rey á obedecer á Dios, y colocado bajo la egida de la Iglesia católica y el poder de la Santa Silla me retiro de esta corte.»

Se levantó para salir de aquel local. Muchos eran los concurrentes á aquel alcázar, y la mayor parte de los cuales llenaron de ultrajes la sagrada persona del Arzobispo. A los pocos pasos encontró á Hametin, hermano bastardo del Rey, el que le denostó echándole en cara su cobarde huída: «Si me fuera permitido, contestóle el Arzobispo, si fuese yo caballero, contestaría á este insulto con la espada.»

Al salir de la morada real, Becket encontró una muchedumbre adicta; el pueblo se hallaba profundamente animado de sentimientos de adhesion hacia la víctima; era tan compacta la masa de ciudadanos que se agrupaban para recibir su bendicion, que apenas podía abrirse calle. «Ved cuán hermosa procesion nos acompaña del tribunal al monasterio, los pobres de JESUCRISTO participan de nuestras desgracias; dejadlos entrar y les distribuiremos nuestra comida,» dijo el Arzobispo á sus clérigos; y así se hizo.

Los informes que llegaron á Tomas Becket aquella noche fueron que reinaba en la corte una efervescencia que rayaba en exasperacion. Todo era temible de la cólera de un rey omnipotente herido en su amor propio.

No obstante, recibió Becket una comision de palacio compuesta de Gilberto de Lóndres é Hilario de Chichester, quienes le propusieron ceder al Monarca, en equivalencia de las sumas reclamadas, las dos tierras de Oxford y de Mancheaham, pertenecientes á la silla de Cantorbery. Becket les contestó: «Las heredades que me pedís para el Rey se encuentran hoy en sus manos. Si bien no sueño en la actualidad en recuperarlas, prefiero exponer mi vida á renunciarlas en perjuicio de mi Iglesia.»

En aquella noche memorable resolvió Becket abandonar la Inglaterra con oportuna huída. Todo presagiaba en la atmósfera política un sangriento conflicto.

LXXIV.

Huída de Becket.—Embajada de Enrique II al Papa.—Becket ante el Pontífice.—Persecuciones sufridas por los parientes de Becket.—Carta cismática de Enrique II.—Dignidad y teson de Becket.

Variadas fueron las peripecias que ofreció el viaje del ilustre fugitivo, acompañado de cuatro leales súbditos. No disponemos de espacio suficiente para describir aquel exodo, en el que la divina Providencia se manifestó pródiga de proteccion. El Arzobispo, salvando peligros inminentes de ser conocido en país adversario llegó á Francia, cuyo rey, animado de cristianísimos sentimientos, simpatizaba con el santo expatriado.

La noticia de la fuga de Becket produjo inmensa sensacion en la corte de Inglaterra. Todos los planes de Enrique II venían abajo, porque era evidente que el perseguido dirigiría el rumbo hacia la morada del Sumo Pontífice, cuya autoridad inconcusa era de gran peso en la cristiandad entera. Bajo la fuerte impresion del inesperado acontecimiento nombró el Rey una comision de obispos y barones, con orden de pasar en seguida á la residencia del papa Alejandro, y de recabar del Pastor supremo la sancion de la política inglesa. Becket se había adelantado ya á esta hábil maniobra, de modo que al llegar á Sens, residencia entónces del Papa, los diputados de Enrique se encontraron con los de su rival.

Celebró el Papa un consistorio de cardenales al que fueron admitidas ambas diputaciones. Gilberto, obispo de Lóndres, fué el primero que tomó la palabra para acusar como imprudente la actitud del primado. Hilario de Chichester quiso apoyar las consideraciones de su colega: «No conviene, decía, que la extrema presuncion de un hombre cause un cisma en la Iglesia católica.» El obispo de York dijo al Papa que el único medio de orillar el conflicto que amenazaba la paz de la cristiandad, era tratar severamente al arzobispo de Cantorbery.

En el decurso de las acusaciones dos veces Heriberto, diputado de Becket, intentó defender á su prelado, pero el Papa se lo impidió diciéndole: «Calma, calma, hijo mío, vuestro Arzobispo no necesita defensores, pues en realidad ningun cargo resulta contra él.»

Los diputados reales pretendían que el Papa mandara regresar al Arzobispo á Inglaterra y que enviara un legado plenipotenciario para solventar las dificultades. Accedió el Papa á nombrar un legado, despues de haber oído al Arzobispo. «Y bien, replicó el obispo de Lóndres, ¿de qué facultades vendrá provisto el legado?» «De todas las necesarias,» contestó el Papa. «Esto es, ¿vendrá autorizado para fallar definitivamente y sin apelacion?» «¡Jamás! dijo el Papa; el derecho de apelacion á nuestro tribunal es irrenunciable.»

Invitóles Su Santidad á esperar la llegada del Arzobispo; mas ellos alegaron tener asignado el plazo de tres días para permanecer en Sens. Retiráronse, pues, sin haber conseguido el objeto de su mision.

No tardó á llegar Becket á Sens. Su marcha al traves de la Francia había sido una ovacion. Rey y pueblo de Francia le distinguieron con las muestras de consideracion que se merecen los grandes hombres. El soberano Pontífice le recibió como á un defensor del derecho católico. Invitóle á sentarse á su lado, y quiso que hasta sentado le dirigiera la palabra. El Arzobispo expuso con sencillez la serie de hechos acaecidos en Inglaterra desde su elevacion á la silla de Cantorbery. Leyó los diez y seis capítulos de Clarendon, cuya letra y sobre todo cuyo espíritu aterrorizó á los cardenales. Eran la muerte de la libertad y de las inmunidades eclesiásticas. «Pues bien, dijo Becket, yo tuve la debilidad de acceder á aquellas constituciones, aunque sólo verbalmente.»

«Y bien, dijo el Papa, si faltasteis, os arrepentisteis; caisteis y os habéis levantado. Te-

néis derecho á indulgencia; yo os perdono y os absuelvo. Lo que habéis sufrido es ya una especie de expiacion.»

Á la mañana siguiente en una entrevista privada con el Papa y algunos cardenales, Becket pudo ser más expansivo. «Lo confieso, padres, dijo, el conflicto actual yo lo he promovido; mía es la culpa y responsabilidad de las perturbaciones actuales. Yo entré al pastorado de la grey de CRISTO por influencia de la autoridad seglar. No lo pretendí, me resistí; pero al fin, el Príncipe fué quien me encumbró. No he renunciado ántes para evitar mayores males; pero hoy me siento libre. Aquí está mi pastoral anillo; yo abdtico mi mitra de Cantorbery.» Y quitándose el anillo lo presentó al Papa.

Este incidente fué seguido de una discusion viva entre los cardenales. Eran unos de parecer que se aceptara la dimision del Arzobispo, aprovechándose de ello para solventar el conflicto inminente, cuya gravedad era de todos reconocida; mas otros, y con ellos el Papa, opinó que era inoportuno sacrificar el Arzobispo al Rey.

Terminada aquella deliberacion, que se tuvo estando ausente Becket: «Hermano mío, le dijo el Papa, conocido me es vuestro celo en lo relativo á la causa de la Iglesia; él borra la irregularidad que hubiera podido haber en vuestra eleccion. Recibid de mis manos una nueva investidura. Nós os sostendremos en vuestros derechos, que son los derechos de la Iglesia, y ya que hasta hoy habéis vivido entre lujo y grandezas, y casi ignoráis lo que son las privaciones, deseamos que os ejercitéis á experimentar como la carne se somete al espíritu. El abate de Pontigny os recibirá en su edificante monasterio, y en él podréis llevar una vida monástica esperando el fin del destierro que sufrís por la causa de JESUCRISTO.»

Gustó á Becket la determinacion del Papa; y sin perder tiempo dirigióse á Pontigny, entre cuyos santos religiosos guardó por el período de dos años una conducta rígida y severa.

Al regresar los diputados de Enrique II, contaron á este Monarca las dificultades que encontraron en la corte pontificia para el feliz éxito de su delicada mision. Enrique II se encolerizó, dando orden de confiscar todos los bienes del Arzobispo, y de desterrar á todos sus parientes.

En consecuencia todos los parientes del Arzobispo próximos y lejanos, hombres y mujeres fueron conducidos á Lambeth para ser embarcados despues de haberles hecho jurar que se presentarían lo más pronto posible al desterrado Arzobispo. ¡Maliciosa medida encaminada á aumentar la congoja de la augusta víctima con el espectáculo de las desgracias de su familia!

Tomamos de Giles la reseña de aquel destierro en masa de inofensivos ingleses. «Cuatrocientas personas de toda edad y sexo se vieron arrojadas á extranjera playa sin pan, sin abrigo, sin ningun recurso. Los niños, que tambien los había entre los desterrados, vierónse pronto libres de los sufrimientos por la muerte; no tardaron en bajar al sepulcro las madres con los niños. Los más robustos ofrecieron el aspecto de calaveras ambulantes, fantasmas que se arrastraban por los caminos públicos extenuados por el hambre y el frío. Aquel lúgubre cuadro interesó la piedad del rey y de la aristocracia francesa; los nobles tomaron bajo su proteccion á los más miserables.»

Miéntas los desterrados luchaban contra las privaciones y los dolores de todo género, los más adictos á la causa de Becket sufrían los inconvenientes de una vejacion cruel y sistemática, principalmente Guillermo de Salisbury, Turstan de Cromdon, Alfredo de Walthamstead y Estéban de Clatory.

En aquellos días se expidió una circular real concebida en los siguientes términos: «Ordeno, que si dentro vuestra bailía hay algun clérigo ó seglar que apele á Roma, le arrestéis y le detengáis en paraje seguro hasta que disponga yo de su suerte. Asimismo detendréis en nombre del Rey todas las rentas y propiedades de los clérigos del Arzobispo... en fin, *arrestad los padres y las madres, los hermanos y hermanas, los sobrinos y sobrinas de cuantos clérigos estén con el Arzobispo, guardadlos hasta que determine yo su destino.*»

Por desgracia los altos dignatarios de la Iglesia de Inglaterra carecían del valor y de la firmeza apostólicas. Adheridos al Rey como la yedra al tronco, no conocían la independencia de la vida ni la del ministerio. La perdición de Inglaterra reconoce por principal causa el servilismo del clero. Semejante actitud encorazonaba al Rey en sus invasiones al campo religioso. Encontraba siempre prelados que apoyaban su audacia con el espíritu regalista que logró prevalecer, amenguando así en la conciencia del Príncipe la protesta del remordimiento.

Pero entre los documentos gravísimos de aquel período histórico hay uno que merece ser leído con atención profunda. Los más decididos protestantes no escribieron más declaradamente contra la autoridad pontificia de lo que Enrique II en esta cínica exposición de sus propósitos de emancipación y rebeldía. La traduciremos aquí para que se vea que el protestantismo latía en la atmósfera de la Gran Bretaña ya en el siglo XII.

La carta de Enrique á Reginaldo, arzobispo de Colonia, decía: «Mucho tiempo hace que deseo una ocasión de separarme del papa Alejandro y de sus pérfidos cardenales que sostienen, en detrimento mío, al traidor Tomas, ántes arzobispo de Cantorbery. Por esto, tomado ya consejo de mis barones y del clero, enviaré á Roma algunos personajes de mi reino; el arzobispo de York, el obispo de Lóndres, el arcediano de Poitiers, Juan de Oxford y Ricardo de Lucy que públicamente y de parte mía, así como en nombre de mis Estados, propondrán y requerirán al papa Alejandro y á sus cardenales el abandono del traidor Tomas y su entrega á mi poder, á fin de que yo, en unión de mi clero, pueda instituir un nuevo arzobispo de Cantorbery. Al mismo tiempo mis representantes declararán considerar como nulo todo lo que Tomas ha hecho. Ellos exigirán del Papa que prometa con juramento él y sus sucesores conservar íntegras é inviolables para siempre las costumbres reales de mi abuelo Enrique I. Si no se admiten todas mis pretensiones, ni yo, ni mis barones, ni mi clero permaneceremos bajo la obediencia del Papa, sino que combatiremos abiertamente cuanto él ó los suyos manden.

El Papa, sabedor ya de las intenciones expresadas en aquella carta, y no ignorando la existencia de la misma, escribió al obispo de Lóndres, invitándole á disipar las preocupaciones y las pasiones del Rey.

El obispo de Lóndres, transformado en regalista manifiesto, contesta al Papa en términos atentísimos en la forma; pero llenos de espíritu de emancipación y rebeldía. El resumen de lo contenido en esta otra carta, de indudable importancia, se incluye en estas líneas, que expresan una grave amenaza: «Os suplico moderéis por algun tiempo el celo laudable é inspirado por el cielo, que os impulsa á vengar las injurias inferidas á la Iglesia, pensando que si pronunciarais un entredicho ó una excomunión tendríais la pena de ver muchas iglesias derribadas de su ortodoxia, y al Rey con una parte considerable de su 'pueblo alejado para siempre de vuestra obediencia.»

Cisma amenazaba el Rey, cisma amenazaba el obispo de Lóndres, cisma amenazaban los altos dignatarios del reino y de la Iglesia en Inglaterra. Mucho impresionó al Papa aquella insistencia, y de la impresión que le causó fueron hijas estas palabras dirigidas por Alejandro á Becket en su residencia de Pontigny. «A causa de la perversidad de los tiempos, y siendo preciso acordar algo á la dificultad de las presentes circunstancias, os advertimos, aconsejamos y suplicamos que obréis en lo referente á vuestra causa y á la de la Iglesia con prudencia y circunspección sumas; que evitéis toda precipitación, no emprendiendo nada sin haberlo ántes maduramente reflexionado; en fin, que no perdonéis esfuerzo ni trabajo para reconquistar la benevolencia y la amistad del rey de Inglaterra, en cuanto lo permitan la libertad de la Iglesia y la dignidad de vuestro ministerio.

«Soportadlo todo hasta despues de Pascua y absteneos durante este tiempo de tomar ninguna disposición contra el Príncipe y su reino. Para entónces esperamos que Dios nos deparará mejores tiempos, que nos permitan á mí y á vos adoptar sin temor medidas más eficaces.»

No cabe duda alguna que el deseo de una reconciliación cordial y digna ocupó desde

aquel momento el corazón del Pontífice supremo y del colegio de cardenales. Sin que significara la actitud del pontificado tendencias á sacrificar el derecho y la justicia buscábase allanar el camino á una buena feliz inteligencia. Así es que el Papa continuó recordando á los íntimos de Enrique II el imprescindible deber que tenían de respetar la libertad de la Iglesia y la honra de sus representantes.

Secundando esto, que llamaremos política pontificia cristiana, Tomas Becket escribió al rey de Inglaterra una carta llena de dignidad, de tesón y de misericordia. «En vuestro reino, le decía, la hija de Sion, la Esposa del gran Rey, se halla sumida en la esclavitud, oprimida por muchedumbre de enemigos, maltratada por los que desde mucho tiempo le perseguían con odio; ellos, que debían honrarla en vez de insultarla; vos mismo, señor, debíais haber recordado los beneficios de Dios recibidos, de los que os llenó ya en el comienzo de vuestro reinado y de los que habéis venido disfrutando hasta el presente...

«Si vos seguís mis consejos, porque entended que quiere Dios seáis obediente como un soldado disciplinado, os llenará de bienes, y aumentará honores sobre vuestra frente y la de vuestros hijos y de vuestras hijas por siglos muchos.»

Aquella carta, en la que abundaban los consejos y el recuerdo de los deberes cristianos, y que dejaba traslucir la voluntad del arzobispo de Cantorbery de entrar en relaciones ministeriales con el soberano, no dió resultado alguno.

En una nueva carta, escrita en vista de la ineficacia de aquella, Becket con más concisión revelaba quizá aún más energía: «Escuche mi señor, le decía, el consejo de su amigo, la advertencia de su obispo, la acusación de su padre. No haya él en adelante intimidad, ni relaciones con los cismáticos, no se ligue con ellos por alianzas. Todos conocen vuestro respeto y devoción al Papa; cómo honrasteis y protegisteis á la Iglesia romana, y cómo el Papa y la Iglesia romana os consideraron, apreciaron y atendieron vuestras pretensiones, cuando han sido justas. Si estimáis vuestra salvación, temed, señor, de arrebatar á la Iglesia, sin motivo alguno, lo que le pertenece y de obrar con ella injustamente. Dejadla, al contrario, gozar en vuestro reino de la libertad que en otros reinos disfruta. No olvidéis que en Westminster, al recibir la unción de manos de nuestro antecesor hicisteis y depusisteis sobre el altar el juramento escrito de respetar las inmunidades eclesiásticas.»

Reclamaba luego justicia para la silla de Cantorbery; reclamaba la reintegración de todo cuanto le había sido arrebatado, y concluía: «Dejadnos volver libres al frente de nuestra grey para gobernar libremente en paz y seguridad, y cumplir respecto á ella nuestras sagradas funciones según nuestro derecho y nuestro deber. En cuanto á lo que á Nós atañe estamos prontos á servir, como á nuestro carísimo señor y Rey, con fidelidad y adhesión, con todas nuestras fuerzas y poder salvo el honor de Dios, de la Iglesia romana y de nuestro orden. Si no aceptáis estas condiciones sabed que no os salvaréis de las venganzas celestiales.»

Enrique II se indignó al leer este documento.

Mas al propio tiempo el Papa nombraba legado pontificio por todo lo concerniente á Inglaterra á Becket, quien se manifestó decidido á lanzar solemne excomunión sobre las personas que sostenían las tremendas injusticias de que era víctima la Iglesia y sobre sus perpetradores. En efecto, trasladado á Wezelay el arzobispo de Cantorbery en un día festivo, á la presencia de inmensa muchedumbre expuso la causa de su disidencia con el rey de Inglaterra y la persecución sacrilega de que era objeto. Luego pronunció solemnemente la excomunión contra Juan de Oxford, usurpador del decreto de Salisbury; suspendió al obispo de Salisbury por haber dado posesión á Juan de Oxford, y extendió su anatema á otros culpables.

Ante la inminencia de la excomunión, los obispos ingleses determinaron apelar al Papa. Dirigieron al efecto una carta de respetuosas formas, en la que se presentaban las resoluciones tomadas en Clarendon como una medida propuesta por el Rey para perpetuar la paz de la Iglesia. «No obstante, decían, si hay en las costumbres sancionadas allí algo de peligroso para la conciencia ó de humillante para la Iglesia, el Príncipe, movido por vuestras adver-

tencias, por amor de CRISTO, por honor de la santa Iglesia, que apellida su Madre, para remedio de su alma ha prometido mucho ántes de hoy, y aún promete corregirlo, segun consejo de la *Iglesia inglesa...*»

Los obispos exponentes hacían responsable de la angustiosa situación que ésta atravesaba á la actitud del arzobispo de Cantorbery. Escribieron también á éste una carta en son de queja, pero el invencible primado les contestó con otra, algunos de cuyos párrafos tienen aquí lugar oportuno: «Hermanos míos muy queridos: ¿por qué no os levantáis todos conmigo contra los malvados, aceptando mi partido contra los obreros de la iniquidad? ¿Ignoráis que el Señor dispersará los huesos de los que buscan complacer á los hombres? Despreciándolos Dios serán confundidos. No combatir el error equivale á aprobarlo; no defender la verdad es lo mismo que hacerla traicion, y como dice san Gregorio, no prevenir ni reprimir el mal es encorazonarlo. Ved que hace ya mucho tiempo que sufrimos las injusticias del señor rey de Inglaterra, sin que la Iglesia haya ganado nada con nuestra paciencia...» Becket les recordaba las personas, que eran numerosas, nominalmente excomulgadas: «En cuanto al señor Rey, decía, hemos diferido el pronunciar contra él excomunion, en la esperanza de que Dios por su gracia le inspirará el arrepentimiento; pero con intencion de pronunciarla pronto si el arrepentimiento se difiere.»

Los obispos insistieron acerca de Becket para obtener la suspension de unas medidas que les aniquilaba á los ojos del pueblo cristiano. En aquella respuesta, que sólo debía respirar humildad y arrepentimiento, no dejaron de incluir la amenaza de la rebeldía contra la autoridad pontificia, amenaza que parecía una consigna convenida en todos los adversarios de la justa causa. «Si, lo que no permita Dios, decían los obispos, vuestra conducta y vuestro arrebatado impulsan al Monarca y á los pueblos de su reino á separarse del señor Papa por no quererse éste desprender de vos, ¡cuántas desventuras amenazan!... y si este desastre llegare, sin duda habréis de atribuirlo á vuestra culpa y llorarlo todos los días que viviereis...»

La réplica de Becket es un modelo de firmeza, una página digna de un santo padre de la Iglesia.

Después de advertirles el deber que tenían de combatir toda injusticia, hasta despreciando el peligro de muerte, recordando aquello: *Si alguno ama más su vida que á mí no es digno de sí*, continuaba:

«Yo esperaba que alguno de vosotros se levantaría para servir de baluarte en frente de Israel, como para provocar el combate contra los que cada día insultan al Señor. Esperé, mas ni uno se ha declarado; aplacé, mas ni uno se ha ofrecido á recibir los golpes; callé, y ni uno ha hablado; disimulé mi angustia, nadie ha manifestado sentirla. El momento de lamentarse ha venido y también la hora de exclamar yo: *Levantáos, Señor, y juzgad mi causa*; vengad la sangre de vuestra Iglesia, á la cual se le despedazan las entrañas y se la aplasta bajo el pié de la tiranía... ¡Quisiera Dios que manifestaseis para defender las libertades de la Iglesia el celo que desplegáis para destruirlas! Mas á pesar de todo, la Iglesia está fundada sobre piedra; puede atacársela, pero no destruísela. ¿Por qué, pues, os afanáis para abatirme á mí y abatiros á vosotros conmigo, que sólo he afrontado los peligros, devorado los oprobios, soportado las injurias y sufrido el destierro por vosotros?... No os dejéis deslumbrar por la majestad del trono y por la dignidad de las personas, porque Dios no hace excepcion.

«Guardáos bien, hermanos, de abandonar la causa de la Iglesia, que es la vuestra; tomad la espada de la palabra de Dios todopoderoso, á fin de que unidos resistamos, como es nuestro deber, con más fuerza y vigor á los malvados, á los artistas de iniquidades, á los que se proponen matar á la Iglesia matando su libertad...»

Con admirable teson contesta á las amenazas de cisma: «¡No permita Dios, dice, que el Rey nuestro señor, por un cálculo temporal abjure la fidelidad y devocion que debe á la Iglesia! Esto que sería criminal en un particular, lo sería con muchísimo más motivo en un príncipe que arrastraría á la perdicion á todo un pueblo...»

«Mas en cuanto á la Iglesia, ella crece con las persecuciones y con el martirio. Privilegio suyo es triunfar cuando se la combate, convencer cuando se la contradice, conquistar cuando se la abandona...»

Los fragmentos que anteceden de la carta ó memoria bastante extensa del Arzobispo legado á los sufragáneos de Inglaterra dan la medida de su valor, de su decision, de su fe y de su piedad.

LXXV.

Nuevas persecuciones contra Becket.

La extraordinaria autoridad que el papa Alejandro había conferido á Becket, constituyéndole legado pontificio en lo concerniente á la iglesia de Inglaterra, mortificó á Enrique II, quien, hasta dominando su amor propio, envió una nueva embajada á Su Santidad, que se hallaba ya reinstalado en Roma. Aspiraban el Rey y los obispos conseguir un juicio de apelacion contra las medidas adoptadas por Becket, contra los principales causantes de los disturbios religiosos.

Indignado Enrique II al saber que algunos de sus íntimos amigos habían sido heridos con el rayo de la excomunion lanzada por Becket, determinó continuar vengándose de su víctima, escribiendo á los superiores de la comunidad de Pontigny, quejándose de que dieran larga hospitalidad á un enemigo personal suyo, y amenazándoles con retirar el favor y la proteccion á la orden cisterciense, floreciente en sus Estados, si los cirtercienses de Pontigny continuaban protegiendo al arzobispo de Cantorbery. Aquella carta conturbó los ánimos de los padres graves del Císter que, reunidos en capítulo general, deliberaron sobre los inconvenientes que ofrecía atraerse la animadversion de un monarca poderoso por un mero hecho de caridad y cortesía. Unánime fué el deseo de que el ilustre huésped solventara con su generosidad característica el conflicto suscitado. Bastó saber esto Becket para resolver abandonar un retiro que le era ya apacible. Heriberto de Boscham gestionó cerca del rey Luis el Joven de Francia para obtener un lugar seguro donde el combatido Arzobispo pudiera gozar de aquella tranquilidad que gozaba en Pontigny. No fueron infecundas estas gestiones. El rey Luis señaló á Becket el monasterio de Santa Coloma en Sens.

Á tal extremo llegó la persecucion del soberano británico al noble expatriado.

La diplomacia europea se puso en accion en pro y en contra de Becket. En Inglaterra los ánimos estaban divididos; fuera de Inglaterra la cristiandad se interesaba en favor del paladin invencible de la libertad de la Iglesia. Momentos hubo en que todos los vientos eran contrarios á la víctima, y que hasta las intrigas urdidas para desfigurar el verdadero estado de la cuestion hacían temible un desenlace desagradable de ella.

Becket hasta en las horas de la adversidad permaneció firme: «Nos es más conveniente perecer por el crimen de otro que por flaqueza propia, escribía al tesorero de la iglesia de Li-seux, y por más que invente la doblez consumada del traidor, cualesquiera que sean las caprichosas amenazas del tirano, estad seguro que, ayudándonos Dios, ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni otra criatura podrán separarnos del amor de Dios, por el que nos sometemos á semejantes pruebas.»

Las gestiones de los embajadores del Rey dieron sus resultados favorables al Monarca. El Papa, sin duda para agotar los medios de conciliacion, nombró sus legados *à latere* á dos sujetos, uno de los cuales era decidido partidario de Enrique II. Los cardenales eran Guillermo, del título de San Pedro *ad vincula*, y Oton, cardenal diácono del título de San Nicolas.

El Papa lo comunicó á Becket en una carta en la que le suplicaba se esforzara en buscar una solucion honrosa al conflicto. Comprendiendo que el nombramiento de Guillermo había

de infundirle cierta actitud, tranquilizábale Su Santidad, asegurándole que trabajaría con su colega en que se respetara la justicia.

Los legados vinieron á Sens para conferenciar con el arzobispo de Cantorbery, cuya firmeza les hizo perder el último destello de esperanza. Llegados á la corte de Enrique, encontraron tambien al Rey inflexible. Proyectóse una conferencia entre Becket y los legados, que tuvo lugar en la frontera de Francia y Normandía. Los legados, despues de varios rodeos, propusieron al Arzobispo la promesa de respetar las costumbres vigentes durante los reinados precedentes al de Enrique. Becket dijo que semejante promesa jamas había sido exigida á ningun arzobispo de Cantorbery. Propusieron se conservara absoluto silencio sobre el particular; á lo que contestó Becket que semejante silencio se traduciría como una aquiescencia, añadiendo que prefería perpetua expatriacion á una reconciliacion vergonzosa para él y perjudicial á las libertades de la Iglesia.

Los legados comprendieron que Becket estaba en terreno firme.

Enrique II, preocupado desagradablemente por la actitud de los legados, se irritó contra ellos, tratóles con aspereza, y declaró que apelaría otra vez al mismo Papa; con lo que obtenía un nuevo aplazamiento de la solucion, al paso que la prolongacion del destierro de Becket.

Desde Sens Tomas Becket sostenía frecuente correspondencia con los hombres más influyentes de la Iglesia y del Estado.

No desfallecía ni dirigiéndose á Su Santidad, á quien con la libertad respetuosa de espíritu propia de las almas santas, le exponía la necesidad de sostener una lucha á todo viento: «...Si en contra de las prescripciones de la ley, decía, Judá no extermina á los cananeos, serán perpetuamente sus enemigos. Permaneced firme, Padre Santo, tened valor, más son los que están á nuestro lado que los que tenemos al frente. El Señor ha quebrantado ya al impío Federico; pronto aplastará á los demas, si no cambian de sentimientos y no dan la paz á la Iglesia.

«En conclusion, Nós no aceptamos otro juez que Vos, ó Aquel que quita la vida á los príncipes y arranca á los débiles de manos de los fuertes...»

No era que el papa Alejandro III necesitara las excitaciones del ilustre desterrado. Ni por un solo momento dejó Su Santidad de sentir por éste íntimas simpatías; sino que era tan turbulenta y complicada la situacion de Europa, era tan reciente la victoria alcanzada sobre el pavoroso cisma, que por prudencia quería el Papa agotar todos los medios de conciliacion, hasta donde la justicia se lo permitiera, á fin de evitar que un monarca poderosísimo como Enrique II hiciera recrudecer las amortiguadas herejías y planteara de nuevo los problemas político-religiosos, resueltos por la constancia y virtud de los pontífices romanos. Esta es la sólida causa de la lentitud de las resoluciones de Alejandro III y hasta de ciertos actos que parecen á primera vista expresar un movimiento de retroceso en la defensa de la causa personificada en Becket.

Los legados que sustituyeron á Becket en la legacion extraordinaria establecida por el Papa para solventar aquel conflicto nada pudieron conseguir; ineficaces fueron tambien las entrevistas solicitadas y obtenidas con el Rey por varios de los más ilustres proscritos. Las gestiones todas se estrellaban contra la inflexibilidad del Rey, respecto á la sumision que exigía á los artículos formulados en Clarendon.

Despues de vicisitudes políticas, cuya reseña no es de este lugar, y estando Enrique II en Francia con el rey Luis el Joven, acordóse una entrevista directa de ambos soberanos con Becket. La conferencia tuvo lugar en Montmirall.

No abrigaba el arzobispo de Cantorbery esperanza alguna positiva de obtener resultados favorables; pero negarse á comparecer á la presencia de su soberano hubiera equivalido á dar la razon á cuantos acusaban á Becket de altivez indómita.

El secretario del Arzobispo, que lo era Heriberto de Bosham, en su minuciosa relacion de los acontecimientos de aquellos días, cuenta que había gran empeño en que Becket se en-

tregara incondicionalmente á la nobleza y rectitud del Monarca para el arreglo de la disidencia. Casi era unánime el juicio de sus amigos sobre el particular, pues ya los desterrados aspiraban á verse reintegrados á los goces patrios, libres de las amarguras de la expatriacion; y los que se hallaban libres, anhelaban ver terminado un litigio que desazonaba las conciencias.

Únicamente el Arzobispo mostraba sostenida repugnancia á suprimir la salvedad relativa al honor de Dios. Y eran tan claramente expuestos por Becket los motivos que aconsejaban aquella salvedad, que despues de oírle, casi todos los sabios y prudentes vacilaban. Llegó la hora de la solemne entrevista. Alrededor de los soberanos de Francia é Inglaterra estaban los arzobispos de Reims, de Sens, de Ruan, el abad de Montdieu y el superior de la orden de la Cartuja.

Al comparecer Tomas Becket delante de los reyes, se postró respetuosamente á los piés de Enrique II, quien se apresuró á alargarle la mano para ayudarle á levantarse. En pié ya, á la presencia de ambos príncipes expuso rápida y discretamente los acontecimientos que motivaron la disidencia, y luégo añadió: «Aquí, señor, ante ambos soberanos y en presencia del rey de Francia, de los obispos, de los príncipes y de cuantos le rodean, remito á vuestra indulgencia y alta discrecion el tema de nuestras discordias.» Y luégo, con sorpresa de los negociadores de la paz, dijo: «Salvo el honor de Dios.»

Á estas últimas palabras el Rey se indignó contra el Arzobispo, dirigiéndole un torrente de acusaciones y denuestos. Atribuyóle nada ménos que proyectos de suplantarle en el trono, en tiempo de su cancillería, y dijo que la palabra: «salvo el honor de Dios,» que añadía á su sumision, era nada más que un subterfugio, para evadir cualesquiera disposicion ó práctica; que ostentado quedaba á la faz del mundo que sólo la altivez del arzobispo de Cantorbery fué la causa de las perturbaciones de la Iglesia en Inglaterra, y que él seguía siendo el único obstáculo para la pacificacion. Y volviéndose al rey de Francia dijo: «Antes de mí hubo muchos reyes en Inglaterra, más ó ménos poderosos que yo. Hubo tambien grandes y santos arzobispos de Cantorbery; pues bien, que el actual me conceda lo que no rehusó admitir el más santo de ellos.»

Este arranque produjo sensacion entre los distinguidos concurrentes. «Demasiado conceder es,» exclamaron, y el rey de Francia añadió: «Señor Arzobispo ¿pretenderíais ser mejor que un santo?»

¡Cosa admirable! esta contestacion que conmovió á todos dejó sereno y tranquilo á Becket, que dió por respuesta esta observacion, no ménos notable: «¡Verdad es, añadió, que mis predecesores fueron más grandes y más santos que yo; cada uno de ellos arrancó algun abuso en la administracion de la Iglesia; *pero si ellos lo hubieran corregido todo, yo no me encontraría sometido á tan rudas y dolorosas pruebas.*»

Enrique II no permitió que el Arzobispo prosiguiera su razonamiento. «Basta, le dijo, es ya evidente el móvil de vuestro proceder.»

El fin de la entrevista habia abortado por completo. Los concurrentes se sentían poseídos de viva angustia. Casi era natural la desaprobacion de la conducta de Becket; porque á todos les cegaba el deseo de una paz ó conciliacion basada sobre cualquier fundamento. Sólo la víctima permanecía impávida. «Esperad, decía á los que le echaban en cara su persistencia, un día veréis quiénes son los ilusos.» Sus compañeros de destierro le hacían presente la enormidad de las penalidades que devoraban por una causa que creían para siempre perdida. Cuatro años de expatriacion habian colmado la medida del sufrimiento. Cuéntase que habiendo tropezado el caballo que montaba el Arzobispo al retirarse de la entrevista, uno de los clérigos que le acompañaban, dijo en son irónico y en tono que pudiera oírsele: «Marcha, pues, salvo el honor de Dios, de la Iglesia y de mi Orden,» aludiendo á la fórmula de resistencia usada por el Arzobispo.

Todo hacía presagiar que el soberano de Francia retiraría á su ilustre huésped de Cantorbery la protección que hasta entónces le habia acordado.

Llegados á Sens desde Montmirall, el Arzobispo y su séquito fueron recibidos con entusiasmo por parte de los fieles: «Este es, decían, el que prefiere la persecucion personal al envilecimiento de la Iglesia.» Aquella recepcion espontánea é inesperada se derramó como bálsamo tranquilizador en las encendidas llagas abiertas en el corazon de los perseguidos.

Graves medidas eran de temer como consecuencia de la entrevista de Montmirall; porque los soberanos de Francia é Inglaterra habían convenido las bases de una inteligencia política, que de rechazo había de perjudicar á la causa del Arzobispo.

Quiso la Providencia divina dar nuevo giro á los acontecimientos. Enrique II no tardó á faltar á Luis el Joven en un punto importante del convenio celebrado; cayendo su palabra en el más lamentable descrédito; con lo que los políticos franceses abrieron los ojos de la razon y comprendieron la verdad de las quejas y lamentos de Becket.

Esperábase en Sens una órden del rey de Francia dando por terminada su condescendencia y generosidad respecto á los expatriados, cuando la llegada de un ayudante de Luis acrecentó los temores. El ayudante invitó al Arzobispo á una entrevista con su soberano: «Os llama para despediros del reino,» dijo uno de sus concurrentes. «No temáis, contestó el Arzobispo; vos no sois profeta, ni hijo de profeta.»

Luis recibió al Arzobispo con muestras de cordial deferencia; en su semblante se leía la melancolía profunda de su corazon: «Perdonadme, dijo á Becket, sólo vos viste claro en Montmirall; sólo vos estuvisteis en lo firme no queriendo sacrificar el honor de Dios á la palabra y al capricho de un hombre. Dadme la absolucion de mis vacilaciones. Prometo sostener vuestro derecho con todo mi poder.»

Acordóse dirigir al Papa una exposicion sostenida por el clero y los magnates que intervinieron en el asunto de la conciliación, en la que se declarara que sólo la terquedad de Enrique II había imposibilitado la avenencia y se pidiera á Su Santidad el más decidido apoyo á la causa del Arzobispo. Los últimos legados del Papa para entender en aquel trascendental asunto, que eran Simon, prior de Montdieu, y Engilberto, prior de Val-Saint-Pierre, escribieron al Papa en idéntico sentido. Varias cartas del Arzobispo y de eminentes personajes fueron dirigidas á Alejandro III, quien pudo convencerse del movimiento de la opinion pública en favor del arzobispo de Cantorbery.

Su Santidad declaró que éste tenía amplias facultades para emplear las poderosas armas de su altísimo ministerio contra los delincuentes. Los cortesanos de Inglaterra comprendieron toda la gravedad de la nueva actitud del pontificado. En efecto, varios prelados y altos dignatarios de la Iglesia y aun algunos seglares fueron nominal y solemnemente excomulgados, entre ellos Gilberto Foliot, obispo de Lóndres.

En vano se adoptaron severísimas medidas para evitar la publicacion en Inglaterra de todo documento que certificara la excomunion. La verdad se abrió paso al traves de las precauciones tomadas para enmudecerla.

LXXVI.

Otra entrevista de los reyes y de Becket en San Dionisio. — Terquedad de Enrique II. — Nuevas persecuciones al clero de Inglaterra. — Inminencia de la excomunion. — Conciliacion del Rey y del Arzobispo. — Su regreso á Inglaterra. — Siniestros prenuncios.

La actitud del pontificado encendió la alarma entre los cortesanos ingleses. Los excomulgados trataron de mejorar su triste situacion, ora acudiendo al poder seglar del soberano, ora recurriendo en más ó ménos respetuosa queja á Roma. El Papa nombró dos comisionados, Graciano y Viviano, para entablar nuevas negociaciones. Mas nada pudieron obtener de parte de Enrique II. Idearon aquéllos preparar una nueva entrevista, á la que se inclinó el mismo

monarca de Inglaterra. Pero como el solicitarla directamente hubiera sido revelar deseos de inteligencia, determinó Enrique emprender una peregrinación al sepulcro del glorioso san Dionisio, erigido cerca de Paris, en la seguridad de que allí habían de visitarle el rey de Francia y el arzobispo de Cantorbery.

En efecto, dice en su minuciosa reseña de aquellos días Heriberto, secretario que era de Becket, «las cosas sucedieron según las previsiones de Enrique. El rey de Francia se trasladó á San Dionisio, y también nosotros fuimos á la capilla de San Dionisio, que está al pié de Montmartre. Llamósela *Capilla del mártir*, porque se dice que allí fué decapitado el glorioso mártir san Dionisio.

«Un enviado de la Santa Silla empezó á solicitar vivamente en nuestro favor al rey de Inglaterra, cooperando á ello el rey de Francia y sus nobles... La conferencia, después de muchos proyectos y planes, parecía encaminarse á buen resultado... En términos generales se echaron las bases de una buena inteligencia. Hablóse de los bienes muebles é inmuebles, cuya restitución á la mitra parecía reclamada por el buen derecho; pero de este punto, que era de riquezas temporales, acordóse prescindir, dejándolo á la generosidad del soberano.

«Todo convenido ya, el Arzobispo pidió una garantía de la fidelidad y respeto á aquellos acuerdos, bastándole como á tal el beso de la paz recibido por el Arzobispo de labios del Rey. Es la única garantía que el Papa había aconsejado á Becket que pidiera, si llegara el caso de un acuerdo.

«Pidió el rey de Francia en nombre del Arzobispo al rey de Inglaterra esta garantía; pero contestó éste que voluntariamente daría á Becket esta especie de sello sobre la fidelidad de su palabra, si no hubiese jurado antes que jamás daría á Becket el beso de la paz, aunque un día se reconciliara con él.

«Desconcertados con esta respuesta el rey de Francia y sus compañeros de negociación participáronla al Arzobispo, quien exclamó: «Está visto; no podemos contar con la sinceridad del adversario.»

«Becket rehusó, y el rey de Inglaterra partió otra vez para Munters, maldiciendo al carácter del Arzobispo y denostando su persona.

«Al abandonar Becket la capilla de san Dionisio díjole uno de los acompañantes: «La conferencia de hoy para la paz ha tenido lugar en la capilla de un mártir, y yo creo que sólo «vuestro martirio dará paz á la Iglesia.» «¡Ojalá, contestó el Arzobispo, que mi muerte le proporcione la libertad.»

En una carta escrita á dos de sus más adictos clérigos, les decía: «Posteriormente el Príncipe ha mandado á Geoffroy Bidel á Inglaterra, para atormentar á los eclesiásticos á fin de obtener de ellos promesa con juramento de no obedecer. Geoffroy se ha puesto de acuerdo con Richard, arcediano de Poitiers, y con los otros oficiales reales, para llamar á todos los obispos á Lóndres, en nombre del Rey, con el objeto de que se comprometiesen á seguir el edicto del Monarca que *prohibía el recibir, sin su autorización, ningún mensajero, ni carta del señor Papa, ó nuestra, relativa al entredicho, si se promulgara alguno para herir de anatema alguno de los súbditos del Rey.* Mas ningún obispo, ningún abad, excepto el de San Agustín, ha querido comparecer ante aquel conciliábulo de oficiales reales, prefiriendo todos caer bajo la venganza del poder civil, si no podían evitarlo, á quebrantar la ley de Dios. El obispo de Winchester ha protestado el primero declarando públicamente que toda su vida obedecería devotamente en todo las órdenes de la Santa Silla y de la iglesia de Cantorbery, á la que tenía prometida sumisión y fidelidad, incitando sus clérigos á imitarle. El obispo de Exeter caminó por la misma senda, y para no faltar á su deber se ha retirado á un convento de religiosos hasta que pasara la tempestad. El obispo de Norwich, desafiando el edicto del Monarca en presencia de sus oficiales, ha herido de excomunión al conde Hugo ó Hugues y á algunos otros, según instrucciones que tenía recibidas; y colocando su báculo sobre el altar ha dicho: «Veamos quién se atreve á echar mano sobre las propiedades y los bienes de

Iglesia. El obispo de Chester, pronto á conformarse con las disposiciones de sus fieles, buscó en una parte de su diócesis ocupada por los galos un refugio contra las persecuciones de los oficiales del rey.»

Otro conflicto aconteció, que puso una vez más en claro la independenciamiento del espíritu del Rey. Habiendo resuelto éste coronar al príncipe su hijo, el arzobispo de Cantorbery, apoyado decididamente por Su Santidad, protestó contra todo prelado que se arrogara el derecho de coronar y consagrar al nuevo Monarca, prerogativa que gozaba la silla de Cantorbery. Á pesar de las excomuniones con que el Papa amenazaba castigar á quien se atreviera atentar á los derechos de Becket en aquel punto, el arzobispo de York se dobló á los deseos de la corte y ejerció aquellas altísimas funciones abiertamente prohibidas por Su Santidad.

Aquel hecho escandaloso llenó la medida del sufrimiento de Roma, donde se resolvió lanzar definitivamente la excomunion contra el Rey y los prelados que le secundaron y declarar en entredicho á todo el reino. Estaban ya extendidas las cartas que contenían la terrible sentencia, y sólo faltaba concertarse entre el Papa y el Arzobispo los medios de que se valieran para la notificación, cuando sabedor de ello Enrique II determinó ceder. Acordóse una nueva entrevista con los dos soberanos, y esta vez la paz salió de ella, es decir, no la paz íntima y cordial, sino la paz artificial y aparente.

«El generoso atleta de JESUCRISTO, dice Heriberto de Bosham, teniendo el deseo de la paz y no el temor de la muerte, no exigió la condicion en la que se hubiera estrellado aquella última tentativa...» La conciliacion se efectuó el día de santa María Magdalena... El Rey y el Arzobispo se retiraron á caballo, para conferenciar en secreto. En medio de explicaciones mutuas, suplicó el Arzobispo al Rey que no tomara á mal que fulminara censuras eclesiásticas contra sus sufragáneos y el arzobispo de York por haber despreciado sus derechos y los de la Iglesia cuando la coronacion del príncipe Enrique. El acogió la demanda y el Arzobispo bajó de caballo y se arrojó humildemente á los piés del Rey.

Habíase convenido la restitucion de algunas propiedades y bienes que habian sido enajenados pertenecientes á la mitra de Cantorbery, así como otras disposiciones concernientes á asegurar la libertad de la accion del primado. Naturalmente habian de ser estos los preliminares de la reinstalacion. Becket envió como á mensajeros suyos en Inglaterra á Juan de Salisbury y Heriberto de Bosham. Pasaron éstos á visitar al Rey, que se hallaba en Normandía. No encontraron allí la acogida que podía esperarse. Enrique II se había propuesto á todas luces dar largas á un asunto que de todos modos humillaba su altivez regia.

Aquella estudiada lentitud, aquel innecesario aplazamiento probaban que la paz no se hallaba arraigada en el corazon de Enrique II.

En Inglaterra encontraron al jóven Monarca displicente en la negociacion.

Miéntas de parte del Arzobispo se trabajaba de buena fe en preparar el camino de la reinstalacion en su silla, recibió el Arzobispo una carta que copiamos, cuya gravedad se descubre á su primera lectura. «Señor, decía aquella carta al Arzobispo, sabemos por confianza de uno de vuestros amigos que el rey de Inglaterra ha mandado partir á Gauterio de la Ile con el encargo de pasar á manos de Rogerio de York, Gilberto de Lóndres y Joselino de Salisbury, algunas cartas encomendándoles elijan segun su deseo y sus preferencias personales cuatro ó seis personas para llenar las vacantes de las sillias episcopales, procurando que los sujetos elegidos se presentasen al Príncipe para su consagracion, en detrimento de la Iglesia de Cantorbery y para confusion vuestra ¡No lo quiera Dios! ved por que el Monarca desea que apresuréis el viaje á Inglaterra; proyecta insultaros y cubriros de oprobio una vez allí. Tememos las pruebas de esta combinacion diabólica... Sobre todo no regreséis sin haberos ántes atraído el favor del Rey. Nadie aquí cree en la sinceridad de la paz, de modo que todos los que deben ser vuestros consejeros, todos los que disfrutaron de vuestra íntima confianza evitan nuestro encuentro y hasta temen hablarnos por miedo de comprometerse.»

Conocía el Arzobispo las dificultades que le saldrían al paso; no tenía ninguna seguridad

de encontrar en su iglesia de Cantorbery calma, ni reposo; por esto le escribía al Papa entre otras cosas: «Pensamos regresar á Inglaterra, ¿vamos allí á encontrar la paz ó la persecucion? lo ignoramos. Sólo la Providencia sabe lo que nos aguarda.»

Al Rey le escribía: «Señor, estábamos resueltos á venir hacia vos otra vez ántes de volver á nuestra diócesis; pero las necesidades de aquella iglesia nos impulsan á precipitar el viaje; iremos con vuestro beneplácito, y tal vez perezcamos en ella para salvarla, si vuestra piedad nos niega otro consuelo. Mas, ora vivamos, ora muramos, siempre estaremos con vos, segun Dios prescribe; y cualquiera cosa que nos acontezca rogaremos que derrame Dios sus bendiciones sobre vos y sobre vuestros hijos.» Cuyas palabras expresaban los profundos temores que abrigaba el arzobispo de Cantorbery sobre el resultado final del regreso á su gloriosa silla.

A punto de embarcarse, paseándose un día en la playa de Flándes, recibió el enviado de un conde amigo suyo que le dijo: «Andad, señor, precavido; pues me consta que á lo largo de las costas de Inglaterra se hallan apostados agentes con órden de prenderos ó asesinaros.» A lo que contestó el Arzobispo: «Nada me importa: siete años han transcurrido desde que mi iglesia se halla privada de su pastor, una sola cosa pido á mis amigos, que quizá es el último favor que espero de ellos, y es que, si no pudiera entrar vivo en Cantorbery, me conduzcan allí muerto.»

El capitán de un barco que llegó en el puerto en que los ilustres desterrados aguardaban la hora de salir, dijo á Heriberto de Bosham: «Insensatos, ¿qué pensáis hacer? ¿Ignoráis que en el puerto de desembarque os esperan muchos soldados para prenderos á todos, sin exceptuar al señor Arzobispo? Todo el país se halla sobrecitado contra este señor. El partido del Rey está intratable, acusa al prelado de haber trastornado el reino excomulgando y suspendiendo á varios obispos en este tiempo del año que debiera haberos animado de pensamientos pacíficos, pues es el adviento del Señor.»

Heriberto celebró con Becket una conferencia íntima en la que le expuso con lealtad todas las funestas noticias que se habían recogido y á cada hora se recogían. Iba evidenciándose que la paz era un lazo. Casi unánimemente aconsejaron á Becket sus acompañantes que desistiera de aquel viaje. Sin embargo, Herbert, amigo y leal, opinó por que no se retrocediera.

«Diríase, señor, que el arzobispo de Cantorbery huye el combate una segunda vez como lo hizo en Northampton.»

El día 3 de diciembre de 1170, los desterrados se embarcaron; escogieron para el desembarque Sandwich, enclavado en la jurisdicción de Tomas Becket. Antes de poner pié en tierra hubo de sostener el Arzobispo un diálogo algo desagradable sobre la cualidad y documentacion de las personas de su séquito. Los oficiales del Rey, faltando hasta á las conveniencias sociales, le echaron en cara en el buque mismo haber dividido los ánimos de los ingleses y perturbado las conciencias.

La población recibió al ilustre proscrito como una grey llena de fe y de sentimientos cristianos es justo que reciba á un prelado defensor heroico de los derechos de la Iglesia. Cantorbery celebró fiesta religiosa y popular en el templo y en la calle. Su entrada en la catedral ofreció cuadros de cordialísima ternura.

Sin embargo, en medio de las manifestaciones de puro entusiasmo, los adversarios empezaron á amargar el regreso del pastor. Una comision se le presentó exigiendo la absolucion de los obispos excomulgados, reprendiéndole por haber entrado otra vez á la patria, armado con el fuego y el acero. Tomas Becket les contestó que no era él, sino Su Santidad, el autor de las excomuniones; y que al Papa debían dirigirse los recurrentes.

A los ocho días de su entrada en Cantorbery, determinó el Arzobispo dirigirse á Lóndres para saludar al jóven Rey. En el tránsito recogió muestras continuas de la veneracion que le profesaban los pueblos; sus virtudes recibieron el homenaje sincero de toda aquella cristian-

dad. Una masa de tres mil sacerdotes y estudiantes entonó el *Te Deum* al aparecer el desterrado en la gran plaza. En Santa María de Southwark los canónigos regulares le recibieron al canto del *Benedictus qui venit*; mas de entre la muchedumbre que se revolvía en oleadas, impulsada por el viento del entusiasmo, se levantó la voz de una mujer loca, profiriendo ese grito siniestro: «Arzobispo, arzobispo, guardáos del puñal.»

Becket esperaba recibir de palacio la orden de presentacion, cuando un cuñado del Rey vino á notificarle de parte de éste el desagrado que le había causado su venida á Lóndres y la orden de volverse de allí inmediatamente.

A su regreso á Cantorbery, los oficiales del Rey hicieron comparecer á los principales autores de los festejos dedicados al Arzobispo, amenazándoles por su conducta pasada é intimándoles la abstencion en el porvenir de toda medida y acto que pudiera halagar á los *enemigos de la paz*.

En aquellos días empezó una de las más innobles luchas que se registran en la historia de los humanos extravíos. La servidumbre del Arzobispo era blanco de continuos denuestos, mozas y dicterios. Íbase cargando de vapores inmundos la atmosfera de Cantorbery, donde se dieron cita, ó mejor, para donde fueron citados los hombres más inmorales y más comprometidos por sus fechorías contra el Arzobispo y por las usurpaciones de sus bienes, que retenían en su poder. El libertinaje de siete años había constituido una situacion violenta capaz de servir de fuerte resistencia en el día de la verdadera restauracion.

Por otra parte el Arzobispo creía que allí donde la justicia reclamaba una vindicacion, en el punto mismo, en la misma hora, en el mismo instante la reparacion debía venir. Sin consultar si era oportuno estando tan en los lindeles de su entrada como estaba, desplegar en toda su fuerza el rigor, no sólo no retiró, ó no acudió á mediar para que se retiraran las penas canónicas lanzadas sobre determinados personajes, sino que disparaba nuevos rayos sobre los que de ellos se hacían merecedores. Pocos hombres han dado al mundo testimonio de tanta firmeza. Para él lo justo era siempre oportuno. Apresurábase, pues, el desenlace del conflicto.

LXXVII.

La conjuracion.—La invasion.—El martirio.

Mientras el Arzobispo empezaba á medir la gravedad de los inconvenientes creados por sus adversarios, el arzobispo de York, los obispos de Lóndres y de Salisbury con el arcediano de Poitiers llegaron á Bur en la Normandía, donde á la sazón se encontraba Enrique II. El arzobispo de York, llegado á la presencia del Rey padre, le expuso la terrible situacion de los obispos excomulgados. «Becket, añadió, una vez regresado á su patria, se prepara contra las vicisitudes del porvenir, marcha rodeado de un ejército, intenta penetrar en fortalezas y castillos. La corona de vuestro hijo peligrá.»

«Pues ¿qué hacer en esta situacion?» preguntó el Rey encolerizado. «Señor, contestó el de York, no nos incumbe á nosotros, sino á los barones daros consejos.» «¡Ah! dijo entonces un baron, señor, mientras viva Becket no gozaréis de paz ni por un sólo día.» A estas palabras, chispeantes los ojos, batiente el pecho, espumeando la boca, grita furioso Enrique II: «Vergüenza, ignominia para los servidores que mantengo en mi corte; torpes, han sufrido verme por tanto tiempo juguete de la insolencia de un sacerdote, sin ensayar librarme de él!!!»

¡Terribles palabras que involucraban el programa que no tardó en ejecutarse. Los barones estuvieron de acuerdo en la necesidad de tomar medidas enérgicas contra el *traidor* al Rey y á la patria.

Cuatro caballeros, que fueron Reinaldo, hijo de Oursa, Guillermo de Tracy, Hugo de Moraville y Ricardo de Breton partieron, para Inglaterra como si obedecieran precisa consigna. Los cuatro llegaron al castillo de Sattwood el día de los Santos Inocentes, hospedándoles Raoul de Broc, que se distinguía por su animadversión hacia el arzobispo de Cantorbery y de cuyos bienes se había incautado en gran parte. Durante la noche trazaron el plan, que debía llevarles de ignominia.

La terrible escena ha sido descrita por varios autores; nosotros preferimos la reseña que de los acontecimientos de aquella noche fatal trazó un testigo ocular. El monje Eduardo Grim, que se encontraba en Cantorbery con el objeto de honrar y visitar al egregio confesor, pudo tomar razón detallada de las fases que presentó el terrible atentado.

«Los cuatro miserables caballeros indignos de este nombre, dice, desde que desembarcaron pusiéronse de acuerdo con los oficiales reales excomulgados por el Arzobispo; y luego, alegando el nombre y las órdenes del Rey, atrajeron á sus proyectos muchos otros caballeros y soldados... Dirigiéronse á palacio, y los cuatro cómplices fueron acogidos con respeto, pues eran de todos conocidos como á servidores del Príncipe. Invitáronles á tomar parte en la comida, que aún duraba, aunque el Arzobispo se había retirado. Rehusaron sentarse á la mesa; sólo estaban sedientos de sangre. Por orden suya pasóse aviso al Arzobispo de que estaban allí cuatro caballeros deseosos de hablarle en nombre del Rey. Introducidos á la presencia del venerable Prelado, sentáronse sin saludar. Tomas tampoco les saludó por de pronto, aguardando á que manifestaran su pensamiento con la exposicion de las cuestiones que allí les conducían, conforme á lo que dice la Escritura: al hombre se le conoce por la palabra. No obstante, despues de un rato de silencio, se volvió hacia ellos saludándoles afectuosamente y mirando de interpretar el espíritu de su mirada. Mas aquellos miserables, que habían hecho pacto con la muerte, respondieron á su benevolencia con maldiciones, y le desearon *la ayuda de Dios* con mordaz ironía. Inmutóse el rostro del Arzobispo al oír aquellas odiosas y aterradoras frases, y comprendió el funesto paradero que iban á tener aquellos hechos.

«El que parecía jefe de ellos y el más decidido, Reginaldo Fetz-Urse, gritó enfurecido: «Venimos de parte del Rey á comunicaros ciertas órdenes; ¿queréis que os las comuniquemos «en público?» Juan de Salisbury dijo: «Señor, haced que se os trasmitan en secreto.» Mas el Arzobispo, comprendiendo la índole de la comunicacion, dijo: «Hay cosas que no deben «decirse en particular ni en secreto, sino en público.» Los miserables estaban animados de tal furor contra el Arzobispo, que allí mismo lo hubiesen estrangulado con la toalla del Crucifijo, como ellos mismos lo confesaron despues, á no haber llamado el portero á los clérigos que acababan de retirarse. Al entrar éstos, Reginaldo emprendió al Arzobispo con un diluvio de reconvenciones...»

Grim relata aquí el discurso de Reginaldo, ó sea la serie de violentos rasgos relativos á la suspension y excomunion de varios personajes y dignatarios que habían tomado parte en la coronacion del joven Príncipe. Acusóle de intentar arrebatár la corona de las sienes del joven Monarca.

Tomas se defendió con calma y serenidad, no sin manifestarse sorprendido de que el joven Monarca se extrañara que la muchedumbre de fieles le saludara y rodeara despues de siete años de destierro. Dijo ser inconcebible que hubiese nadie capaz de imaginar en él proyectos de destronamiento de un soberano que veneraba y quería. «En cuanto á los obispos, continuó, no soy yo, sino el Papa quien ha fulminado contra ellos la excomunion.» Á vuelta de varias penosas contestaciones dijeron los audaces invasores de aquel sagrado asilo: «Bien, por orden del Rey vos y los vuestros saldréis del reino y de las regiones sujetas á su soberanía, pues de hoy en adelante no habrá paz ni por ninguno de los vuestros, ni por vos, que habéis violado la paz.»

«Basta de semejantes amenazas y debates, contestó el Arzobispo. Mi única confianza está en el Rey del cielo que sufrió en la cruz por los suyos. El Océano no me separará más de mi

HISTORIA DE ESPAÑA, LISTADA

Esta obra es una obra de gran importancia para el estudio de la historia de España. Contiene una lista de los principales acontecimientos y personajes de la historia de España desde los tiempos más antiguos hasta el presente. Es una obra que todo aficionado a la historia de España debe tener en su biblioteca.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

Esta obra es una obra de gran importancia para el estudio de la historia de Francia. Contiene una lista de los principales acontecimientos y personajes de la historia de Francia desde los tiempos más antiguos hasta el presente. Es una obra que todo aficionado a la historia de Francia debe tener en su biblioteca.

LA VUELTA POR ESPAÑA

Esta obra es una obra de gran importancia para el estudio de la historia de España. Contiene una lista de los principales acontecimientos y personajes de la historia de España desde los tiempos más antiguos hasta el presente. Es una obra que todo aficionado a la historia de España debe tener en su biblioteca.

EL REMORDIMIENTO O LA PUERNA DE LA CONCIENCIA

Esta obra es una obra de gran importancia para el estudio de la historia de España. Contiene una lista de los principales acontecimientos y personajes de la historia de España desde los tiempos más antiguos hasta el presente. Es una obra que todo aficionado a la historia de España debe tener en su biblioteca.

ILUSTRACIONES RELIGIOSAS - LAS MISIONES CATOLICAS

Esta obra es una obra de gran importancia para el estudio de la historia de España. Contiene una lista de los principales acontecimientos y personajes de la historia de España desde los tiempos más antiguos hasta el presente. Es una obra que todo aficionado a la historia de España debe tener en su biblioteca.

GALERIA CATÓLICA

Esta obra es una obra de gran importancia para el estudio de la historia de España. Contiene una lista de los principales acontecimientos y personajes de la historia de España desde los tiempos más antiguos hasta el presente. Es una obra que todo aficionado a la historia de España debe tener en su biblioteca.

Esta obra es una obra de gran importancia para el estudio de la historia de España. Contiene una lista de los principales acontecimientos y personajes de la historia de España desde los tiempos más antiguos hasta el presente. Es una obra que todo aficionado a la historia de España debe tener en su biblioteca.

VOCES PROPIETARIAS

Esta obra es una obra de gran importancia para el estudio de la historia de España. Contiene una lista de los principales acontecimientos y personajes de la historia de España desde los tiempos más antiguos hasta el presente. Es una obra que todo aficionado a la historia de España debe tener en su biblioteca.

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros días. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *más de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro. — Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales más.—Van publicadas 106 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros días, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con mas de 1000 bellisimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco, abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc. — Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega. — A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta. — Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

ILUSTRACION RELIGIOSA. — LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletín semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

GALERÍA CATÓLICA.

Coleccion de litografias representando las principales escenas de la vida de Jesucristo, de su Santísima Madre, de la Iglesia católica y de los Santos: con texto explicativo y doctrinal al dorso de cada lámina, por los Rdos. P. M. Fray José María Rodríguez, General de la Orden de la Merced: D. Eduardo María Vilarrasa, Cura propio de la parroquia de la Concepcion de Nuestra Señora, en Barcelona, y D. José Ildefonso Gatell, Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona); Monumento elevado á nuestro Santísimo Padre Pio IX, Papa reinante, y dedicado á los excelentísimos é ilustrísimos señores Arzobispos y Obispos de España. Con aprobacion del Ordinario.

Agotada la primera edicion de tan útil como lujosa obra, hemos emprendido una segunda, deseosos de complacer á las muchas personas que nos han indicado apetecian poseerla.—La obra consta de cuatro tomos en folio mayor, á 325 rs. en medio chagrin con relieves y dorados al llano; ó 49 entregas de 4 láminas cada una, á 5 reales la entrega en toda España.

VOCES PROFÉTICAS

ó signos, apariciones y predicciones modernas concernientes á los grandes acontecimientos de la cristiandad en el siglo XIX, y hacia la aproximacion del fin de los tiempos, por el presbítero J. M. Curicque, de la diócesis de Metz, miembro de la Sociedad de Arqueología y de Historia de la Moselle, miembro corresponsal de la Sociedad histórica de Nuestra Señora de Francia. Quinta edicion revista, corregida y aumentada. Traducida al español por el licenciado D. Pedro Gonzalez de Villaumbrosia, canónigo de la santa Iglesia Metropolitana de Zaragoza, Examinador Sinodal de varias diócesis, Misionero apostólico, etc., etc.

Dos voluminosos tomos en 4.º mayor, á 32 rs. en rústica y 40 en pasta.